

meses de febrero y marzo son espléndidos en Palermo. Dos o tres veces a la semana organizábamos paseos por el puerto; almorzábamos a bordo de un barco, comíamos en otro. Carolina intervenía muy poco en esas excursiones de recreo. Después de la derrota del ejército napolitano, después del extraño regreso de su marido y de la huida de Nápoles, estaba sombría y más que nunca concentrada en su odio, que solía tener crisis de terrible furor, durante las cuales sólo yo podía acercarme a ella. Cuando celebrábamos alguna de las mencionadas fiestas, era yo la verdadera reina de ellas.

En aquellos paseos a los cuales concurrían cincuenta o sesenta embarcaciones empavesadas, Nelson y yo navegábamos siempre a la cabeza, en una barca tripulada por doce remeros, al paso que la del Rey sólo llevaba ocho. Apenas salíamos a la mar, el Rey se entregaba a sus anchas a una de sus distracciones favoritas: la pesca. Respecto a nosotros, después de haber dado un paseo, nos íbamos a bordo del *Culloden*, unas veces, y otras a bordo del *Minotauro*. Terminado el almuerzo, volvíamos a la barca, al son de los instrumentos musicales y entre cantos de alegría; y a veces, cerrando los ojos y transportándome a la antigüedad, me complacía en creer que no era la primera vez que mi alma vivía en este mundo, y que en tiempos lejanos había sido yo Cleopatra y Nelson vivido en la persona de Antonio. Entonces me acordaba de algunos de los bellos versos del drama de Shakespeare y los lanzaba a la suave brisa que nos impulsaba. Después, cuando los últimos rayos del sol teñían de púrpura la cima del monte Pelegrino, tomábamos la dirección del *Van-Guard*, iluminado a *giorno*. Una larga mesa se extendía de un extremo a otro del puente. En ella yo me sentaba frente al Rey, cual si fuese la Reina, y entre Nelson y el capitán Troubridge, o el comandante Thomas Louis. Estábamos largo rato de sobremesa, y cada brindis nuestro era saludado por los cañones de pequeño calibre, a los que respondían los de las baterías del puerto.

A menudo, Nelson se mostraba inquieto y preocupado; yo comprendía que su conciencia le reprochaba la vida inactiva que llevaba, advirtiéndole que su deber era no estar allí, sino en otros lugares. Cuando esto le ocurría, se levantaba de la mesa, pretextando tener que dar alguna orden, y se iba al puente, a sumirse en sus meditaciones. Un día le seguí, y, acercándome a él sin ser vista, oí que decía entre dientes:

—¡Soy un loco miserable! Mi nave tiene más aspecto de una pastelería que de barco de la escuadra inglesa.

Entonces, yo le eché el brazo alrededor del cuello y le llevé a ocupar nuevamente su puesto en la mesa, muy avergonzado y desesperado de haber sido oído.

Los días de Carnestolendas se acercaban, y, como las noticias del cardenal Ruffo eran cada vez más satisfactorias, se dieron algunos bailes de máscaras en la Corte. Nelson, que a todas luces procuraba aturdirse, tuvo en aquella ocasión la humorada de recorrer las calles disfrazado conmigo. Dos o tres veces hicimos esta locura; pero un accidente que pudo tener graves consecuencias nos curó de ella.

Una noche que errábamos disfrazados por calles y plazas, Nelson, que había bebido mucho después de la comida, según costumbre de los ingleses, me llevó a una casa sospechosa, frecuentada por los oficiales de la escuadra; pero un contramaestre y un guardia marina que bebían en un ángulo de la habitación, entraron en sospechas; y cuando Nelson y yo salimos, nos siguieron y nos vieron entrar en el hotel de la Embajada. En aquel instante el Rey salía, y notando la presencia de dos perillanes que, al parecer, estaban de buen talante, quiso saber lo que allí hacían. El contramaestre chapurraba un poco el italiano, y divertió en gran manera al Rey contando la aventura. Fernando le prometió acordarse de él, y le preguntó cuál era la cosa que podía serle más agradable. El interpelado le contestó riendo que la ambición de toda su vida había sido verse nombrado caballero.

—Bien—le dijo el Rey,—está tran-

quilo, tú lo serás. ¿Cómo te llamas y a qué buque perteneces?

El marinero respondió que se llamaba Juan Baring y que pertenecía a la dotación del *Van-Guard*, y de paso recordó al Rey algunos pequeños servicios que había tenido la dicha de dispensarle durante la travesía de Nápoles a Palermo.

—En efecto—repuso Fernando,—lo recuerdo.

—Está bien—dijo el marinero,—yo creía que Vuestra Majestad lo había olvidado.

—¿Por qué?—preguntó el Rey.

—Porque ni yo ni la dotación—respondió el contramaestre, animado por la bondad del Rey,—hemos tenido jamás la satisfacción de beber a la salud de Vuestra Majestad con otra moneda que no haya sido la que lleva la efigie de nuestro gracioso soberano Jacobo III.

El Rey se mordió los labios.

—Pues bien—dijo,—mañana beberás a mi salud con dinero acuñado con mi efigie, y tus camaradas, bebiendo a la tuya, te llamarán caballero.

Como el Rey era muy chismoso, fué inmediatamente a contar el lance a la Reina. Contóle lo de mi disfraz con Nelson, la visita que con éste habíamos hecho a cierta casa que Fernando bautizó con un nombre más expresivo que el de *sospechosa*, dado por mí, y finalmente la enteró de su encuentro con los dos marineros ingleses, a uno de los cuales había prometido hacerle caballero de la orden de San Jorge Constantino.

Aquella misma noche extendió una orden para que al día siguiente, por la mañana, el príncipe Luzzi, ministro de Hacienda, mandase mil cien onzas de oro a la dotación del *Van-Guard*, en concepto de gratificación.

El príncipe Luzzi tenía que dar aviso de esta decisión al almirante Nelson y prevenirle al mismo tiempo que Su Majestad nombraba al contramaestre Juan Baring caballero de la orden de San Jorge Constantino, en recompensa de servicios recibidos de él durante la travesía.

Por desgracia para el pobre marine-

ro, el Rey, conforme dejó dicho, lo había contado todo a la Reina, y la Reina, a su vez, me lo confió a mí, aconsejándome que en adelante procurase ser más cauta en mis actos, pues me habían reconocido y seguido.

Apenas vi a Nelson, le enteré de lo que había pasado. En el primer impulso de su enojo, hablaba nada menos que de hacer colgar a Juan Baring. No puedo decir si ello entraba en sus atribuciones; pero, a bordo, se consideraba rey absoluto, y sin duda lo habría hecho como lo decía.

Tanto supliqué, que se contentó con expulsar al indiscreto subalterno cuyo completo perdón no pude obtener, muy a pesar mío.

Entretanto, los asuntos marchaban a más y mejor en las Calabrias. He dicho ya que habíamos recibido noticia de la llegada del cardenal a Monteleón, a la que siguió su entrada en Catanzaro y Cotrone, que fué saqueada e incendiada por las tropas sanfedistas.

Las noticias que nos llegaban de Nápoles no eran menos favorables a la causa real.

Championnet había caído en desgracia, por su intento de oposición a las exacciones del Directorio, y Macdonald acababa de substituirle en el cargo de general en jefe.

No bien entró en el desempeño de sus nuevas funciones, los descalabros sufridos por el ejército francés en la alta Italia le obligaron a abandonarla. Souvorof había llegado con cincuenta mil rusos, y el Emperador habíase, por fin, decidido a entrar en campaña. Los franceses, privados de sus mejores soldados, cercados en Egipto, y de su mejor general prisionero con ellos, habían sido batidos en Magnano y perdido la confederación del Mincio, al paso que Souvorof, nombrado general en jefe del ejército austro-ruso, entraba en Verona y se apoderaba de Brescia.

Habiendo Macdonald recibido orden de reunir sus fuerzas a las del ejército francés, que estaba en plena retirada, salió de Nápoles el 3 de mayo, dejando en el fuerte de San Telmo una guarnición de quinientos hombres solamente.

La noticia de la evacuación de Nápoles llegó a Palermo el 8 de mayo; pero, cuando estábamos celebrando esta feliz nueva, recibimos otra que vino a neutralizar el efecto de la primera.

El 12 de mayo supimos por el bergantín *Esperanza* que la flota francesa de Brest, burlando nuestro bloqueo, había salido del puerto y sido vista desde Oporto con dirección al estrecho de Gibraltar, con la probable intención de reunirse a la flota española e intentar algún golpe contra Menorca o Sicilia. Era, pues, necesario reforzar la escuadra inglesa, y el almirante dió inmediatamente órdenes para llamar a los buques ingleses que se encontraban en la bahía de Nápoles.

Pero Nelson aun esperaba no tener que ausentarse de Palermo; estaba verdaderamente alarmado, y a la sola idea de separarse de mí, siquiera por algunos días, lloraba como un niño.

Por espacio de seis días estuvo titubeando acerca de lo que debía hacer, reconociendo, empero, que su puesto no era el puerto de Palermo, sino la extensión del mar. Todos los barcos llamados por él llegaron uno tras otro. En fin, el día 18, haciendo un supremo esfuerzo, me dejó, más desesperado que Antonio lo estuvo cuando Cleopatra se separó de él para ir a desposarse con Octavio. Creo que si una vez, una sola vez en la vida de peligros, Nelson tuvo miedo a la muerte, fué en aquella ocasión: tan querida le era la existencia desde que era dueño de mi amor.

Un pretexto le retenía: la falta de viento. Pero, en la noche del 18 al 19, se levantó una brisa, y resolvió la salida de la escuadra.

Nelson pasó a bordo del *Van-Guard*. Sir Guillermo y yo le acompañamos hasta el puerto; saltó a la lancha que le aguardaba hacía más de dos horas, dió orden de remar en dirección al buque, dejó caer la cabeza entre ambas manos, y no volvió a mirar hacia nosotros.

No dejamos la Marina hasta haberle perdido de vista entre los navíos anclados en el puerto.

Pero, apenas había el *Van-Guard* recorrido una milla, cuando cesó el vien-

to. Nelson aprovechó esta circunstancia para escribirme la siguiente carta, que me envió por el teniente Swinay:

«Mi querida lady Hamilton:

»Decir cuán triste y sombrío me parece el *Van-Guard*, es decir que me encuentro encerrado en una tétrica celda, después de haber vivido en compañía de seres simpáticos y queridos. En el presente momento histórico yo soy el hombre del día; pero, sin tener a mi lado a las personas que amo, quisiera de todo corazón volver a ser el hombre obscuro de antes.

»Usted y el excelente sir Guillermo han borrado para mí el encanto de las cosas y lugares. Mi amor por usted se extiende a todo lo que con usted se relaciona, y no puede usted concebir lo que siento cuando los reúno a todos en mi pensamiento. No olvide a su fiel

»NELSON.»

La partida de la flota inglesa dejó a la corte de Palermo en un estado de profunda ansiedad. La Reina, sobre todo, que conocía los cortos alcances de su marido y que no confiaba gran cosa en el genio de Acton, estaba fuera de sí. Con todo, se acordó preparar por todos los medios posibles la defensa, ante la eventualidad de que los franceses intentaran operar un desembarco en Sicilia.

Los días 25, 26, 27 y 28 de mayo se pasaron en continua zozobra.

El 29 hubo una alarma. Vióse una escuadra que al pronto se creyó que era franco-española; pero en breve se reconoció a la de Nelson, que regresaba.

La Reina, sir Guillermo y yo nos trasladamos inmediatamente a la Marina.

El *Van-Guard* echó el ancla, y en el acto Nelson vino a tierra.

Por el modo como la Reina fué a su encuentro y le estrechó la mano, comprendí que el miedo es un sentimiento no menos vivo que el amor.

Nelson subió en nuestro coche, y marchamos juntos a palacio.

Durante los seis u ocho días que había durado su crucero, no distinguió una sola vela de la escuadra francesa. Opinaba que se había dirigido a Tolón para reforzarse.

Su regreso, según decía, era para tranquilizar a la Reina; pero la presión de su mano al estrechar la mfa, me lo explicaba de otra manera, diciéndome que solamente yo le había movido a regresar.

Preguntó si teníamos noticias de Nápoles; todo lo que sabíamos era vago e incierto. El, en cambio, sabía que Ruffo continuaba su marcha triunfal a través de Calabria. Los napolitanos, con una flotilla de pequeñas embarcaciones y dirigidos por Caracciolo, que se había puesto al servicio de la República, habían intentado aprovechar la ausencia de Nelson y del grueso de la escuadra para recuperar las islas; pero, después de un combate encarnizado contra el *Sea-Horse*, mandado por el capitán Footh, y la *Minerva*, la antigua fragata de Caracciolo, mandada por el conde de Thurn, la flotilla napolitana fué rechazada.

El 6 de junio, la escuadra de Nelson quedó reforzada con la llegada a Palermo del *Foudroyant*, navío de ochenta cañones, que pasó a ser, en reemplazo del *Van-Guard*, la nave almirante; venía seguido del *Leviathan*, que enarbolaba la enseña del vicealmirante Duckworth, del *Majestic* y del *Northumberland*, destacados de la flota de lord Saint-Vincent.

El 8 de junio fué un día de fiesta: Nelson trasladó su pabellón al *Foudroyant*, y mandó que trasbordasen con él a este barco el capitán Hardy, cinco tenientes, el capellán y muchos marineros y guardias marinas.

El mismo día se resolvió que Nelson se haría nuevamente a la mar e intentaría una expedición contra Nápoles. El Príncipe real, avergonzado de su inactividad, se decidió, por fin, a partir con Nelson, quien manifestó que si el Rey quería darle instrucciones, se haría a la vela apenas se levantase un viento favorable.

El Rey, la Reina y sir Guillermo pasaron la noche redactando esas instruc-

ciones. Por ellas se otorgaba carta blanca a Nelson; pero, con todo, al serle entregadas, la Reina le recomendó de viva voz no pactar con los rebeldes, y me encargó traducirle el siguiente fragmento de una carta que, a este propósito, escribía al cardenal Ruffo:

«Deseo vivamente saber que Nápoles ha caído en poder de usted y que se han entablado negociaciones con el fuerte San Telmo y su comandante francés; pero ninguna transacción con los vasallos culpables, a los cuales el Rey perdonará en su clemencia aminorando el castigo por un efecto de su bondad.

»En ningún caso y bajo pretexto alguno conviene capitular ni pactar con súbditos rebeldes que están en la agonía de su rebelión y que ya no podrán cometer nuevas maldades, pues, a la hora presente, todos han sido cogidos como ratones en la ratonera. El Rey consiente en perdonarlos, si ese perdón es necesario a la salud del Estado; pero, tratar con tales miserables, ¡jamás!

»Entre ellos hay uno sobre todo, que a ningún precio debemos permitir que se escape a Francia: es el indigno Caracciolo, el tres veces ingrato Caracciolo que conoce al dedillo todo el litoral de Nápoles y Sicilia, y que, si escapase a nuestra justicia, podría causarnos serios disgustos y comprometer la seguridad del Rey.»

Semejantes instrucciones no dejaban a Nelson más que una sola alternativa: o ejecutarlas al pie de la letra, o renunciar a la expedición, puesto que ésta no se hacía sino con el doble fin de reconquistar a Nápoles y vengar a la realeza.

Nelson titubeaba; el jueves 12 de junio continuaba aún en su indecisión. Entonces, Carolina recurrió a su medio de presión habitual, y me dictó esta carta para él:

«He pasado la velada con la Reina; está verdaderamente trastornada, y dice que aunque el pueblo de Nápoles en general sea partidario de sus legítimos soberanos, la tranquilidad y el

orden no podrán restablecerse hasta que Nelson no llegue con su flota a Nápoles. Por eso, mi querido lord, la Reina suplica encarecidamente a usted que sin pérdida de tiempo haga rumbo a Nápoles. ¡Por el amor de Dios, hágalo usted! Y si así lo desea, hasta nosotros iremos con usted. Sir Guillermo está enfermo; yo también. Esto nos curará.

»Siempre su muy sincera amiga,

»EMMA HAMILTON.»

Nelson no sabía rehusarme nada; mi carta le decidió, y aquella noche me mandó decir que al día siguiente el Príncipe heredero podía trasladarse a bordo del buque almirante.

El día 13 el Príncipe heredero pasó al *Foudroyant*; todos le acompañamos, el Rey, la Reina, varios individuos de la familia real, sir Guillermo Hamilton y yo.

El estandarte real fué izado en el acto y se hizo una salva de veintiún cañonazos. A mediodía salimos del *Foudroyant*, dejando a bordo al Príncipe con su séquito.

Nelson se hizo a la vela inmediatamente después de nuestra partida.

Al otro día, viernes, a las cuatro de la mañana, se le juntaron los buques de Su Majestad Británica *Powerfull* y *Bellerophon*; venían a anunciarle, de parte de lord Keith, que la escuadra francesa, compuesta de veintidós unidades, había sido señalada en las costas de Italia. Nelson, que no contaba sino con diez y seis barcos de segundo orden y muy escasa tripulación, no consideró prudente exponer al Príncipe heredero a las contingencias de un combate que duplicaba su responsabilidad. Así, pues, hizo al instante proa a Palermo, y el mismo día, a las ocho de la mañana, desembarcaba el Príncipe con todo su equipaje. En seguida se hizo otra vez a la mar con rumbo a Marítimo, esperando que se le reuniesen el *Alexandre* y el *Goliath*.

El 18 de junio estaba a la vista de Marítimo y creía inminente el encuentro con la flota francesa; pero, una orden de lord Keith le obligó a regresar

a Palermo para recibir las instrucciones del Rey y marchar luego a Nápoles, a cuyas aguas se suponía que hacía rumbo la escuadra francesa.

En estos últimos días, la Reina y yo acordamos para mantener el celo y entusiasmo de Nelson, embarcar sir Guillermo y yo en el *Foudroyant*, en vez de hacerlo el Príncipe heredero.

A eso de las nueve de la mañana, se señaló la presencia de la escuadra. A mediodía entró en la bahía de Palermo, pero no echó el ancla. Nelson bajó a tierra un momento y celebró con el Rey una entrevista que duró tres horas.

Al salir, milord nos encontró preparados para acompañarle. Puso una rodilla en tierra delante de la Reina, y le juró que su voluntad sería fielmente cumplida. La alegría de verme en su buque, que no podía expresar en presencia de sir Guillermo, se manifestaba en entusiasmo por la causa de la Reina. Una mirada suya me dijo que era yo ante quien estaba arrodillado, que era mi mano la que besaba.

Nos despedimos de la Reina, que me tuvo largo rato entre sus brazos. Su última palabra fué la de Carlos I:

— ¡Remember!

Cuando llegamos a bordo del *Foudroyant*, milord supo por una carta de Allan Gardner, que navegaba por el Mediterráneo con diez y seis buques, que la escuadra francesa, vigilada por lord Keith, había sido vista en el golfo de Spezzia.

Nelson ordenó hacer provisión de agua; fuimos a comer a bordo del *Sérapius*, mandado por el capitán Duncan.

Por la noche volvimos al *Foudroyant*; levaron anclas y nos hicimos a la mar.

«A bordo del *Foudroyant*.

»25 junio de 1799.

»Eminencia: Milord Nelson me ruega participar a Vuestra Eminencia haber recibido del capitán Footh, comandante de la fragata *Sea Horse*, una copia de la capitulación que Vuestra Eminencia ha tenido a bien celebrar con los comandantes de los castillos de San Telmo, Nuevo y del Huevo; que él desapueba completamente esta capitulación y que está resuelto a no mantenerse neutral con la fuerza respetable que tiene el honor de mandar. Milord ha enviado a Vuestra Eminencia a los capitanes Troubridge y Ball, comandantes de los buques de Su Majestad Británica *Culloden* y *Alexandre*; dichos capitanes están plenamente informados de las intenciones de milord Nelson y tendrán el honor de exponerlas a Vuestra Eminencia. Milord espera que el señor cardenal Ruffo participará de su modo de pensar y sentir y que mañana, al amanecer, podrá obrar de acuerdo con Vuestra Eminencia.

»Muy humilde y obediente servidor de Vuestra Eminencia.

»G. HAMILTON.»

Mientras sir Guillermo escribía esta carta, el barco se había puesto en marcha, de suerte que sólo distábamos dos o tres millas de la bahía.

Resultó de ello que, cuando Nelson subió al puente, vió lo que aun no había podido ver a causa de la distancia: las banderas de parlamento flotando en los castillos ocupados por franceses y rebeldes, y en el buque inglés *Sea Horse*.

Este espectáculo llevó al colmo su indignación. Inmediatamente mandó acercarse al *Culloden* y *Alexandre*, hizo subir a bordo del *Foudroyant* a los capitanes Troubridge y Ball, les entregó la carta de sir Guillermo, y ordenó que fuesen al puerto de la Magdalena para entregar el despacho al cardenal Ruffo.

LXXXVIII

El día siguiente transcurrió sin que descubriésemos una sola vela. El tiempo era magnífico, el viento favorable; pasamos las islas, y el lunes 24, al amanecer, encontramos una balandra napolitana que nos pidió le proveyésemos de agua. Una hora después vimos venir hacia nosotros un bergantín que reconocimos por la *Mutine*.

Hizo señales, echaron una canoa al agua, y el capitán Hoste vino a bordo del *Foudroyant*.

El capitán Hoste era portador de un tratado de intervención entre el cardenal Ruffo, el general de las tropas turcas, el capitán Footh del *Sea Horse*, los franceses del castillo de San Telmo, y los rebeldes de los castillos Nuevo y del Huevo.

Al tenerse noticia de que se había celebrado un tratado con los rebeldes, lo cual pugnaba abiertamente con las órdenes de Sus Majestades Sicilianas, Nelson se puso pálido de cólera. Despachó una embarcación menor para Palermo portadora del tratado y de una carta dirigida al Rey diciéndole que no se inquietase, que dicho tratado que él miraba como un acto de traición, no sería mantenido; y después que se hubo enterado por el capitán Hoste de todos los detalles que éste pudo suministrarle sobre lo ocurrido, le ordenó regresar a la *Mutine* y seguir con él rumbo a Nápoles.

El viento era favorable; pronto llegamos a la vista de Capri, y los barcos avanzaron a toda vela hacia Nápoles.

Nelson bajó a su camarote con sir Guillermo, a quien hizo escribir para Ruffo la siguiente carta en francés, lengua que conocía muy bien el cardenal:

En un bote tripulado por doce vigorosos remeros, los dos oficiales atracaron al puerto de la Magdalena y encontraron al cardenal Ruffo que los esperaba. Con un anteojo Su Eminencia había seguido todos los movimientos del *Foudroyant* y visto arriar la canoa que condujo a tierra a los dos oficiales.

Estos le entregaron el mensaje de que eran portadores. Ruffo se enteró de su contenido y supuso que Nelson desaprobaba la capitulación por la única razón de haberse atacado a Nápoles sin esperar la llegada de la escuadra inglesa, según estaba convenido.

Consideró que una visita personal a bordo del *Foudroyant*, en la que explicaría al almirante los apremiantes motivos que le habían inducido a atacar a Nápoles, lo conciliaría todo. Llevado de ese parecer, se embarcó en la canoa de los capitanes Troubridge y Ball, y se dirigió al *Foudroyant*, que saludó su llegada con trece cañonazos.

Nelson le aguardaba arriba, junto a la escalera, en compañía de sir Guillermo, que dominaba el francés y el italiano, e hizo a Ruffo los honores del buque y le acompañó al camarote en el que yo me había quedado.

Al verme, el cardenal Ruffo hizo un movimiento; sabía que no era él persona afecta a la Reina, y que, antipatías o simpatías, yo participaba de todos los sentimientos de la Reina.

Saludé con frialdad; se cambiaron los cumplidos de rúbrica, y el cardenal empezó a contar en excelente francés los acontecimientos del 13 y 14 de junio, que habían dado por resultado la capitulación.

Nelson dijo que él no podía ver en el tratado otra cosa más que un armisticio; pero Ruffo señaló uno por uno todos los capítulos y demostró que era, no una suspensión de armas, sino un tratado válido y terminante, tratado que no podía romper la llegada de la escuadra francesa ni la llegada de la inglesa.

A medida que Ruffo hablaba, sir Guillermo traducía sus palabras a Nelson, que escuchaba con impaciencia y que, al oír que Ruffo decía que una capitu-

lación lealmente acordada debía ser lealmente observada, gritó en inglés:

—¡Eh, señor! ¡los soberanos no deben pactar con sus vasallos!

—Es verdad, milord—replicó el cardenal,—es preferible para los soberanos no tener que capitular; pero, cuando se llega a ese extremo, y se capitula, no hay más remedio que conformarse con lo pactado.

Luego, volviéndose hacia mi marido:

—¿No opina usted así, señor?—preguntó.

Sir Guillermo contestó que su opinión, en este caso, era la de Nelson; oyendo lo cual, Ruffo empezó a comprender que el asunto era más serio de lo que él había creído al principio.

Entonces se levantó y dijo que, habiendo intervenido en el tratado los turcos y los rusos, no podía por sí solo responder a la objeción de lord Nelson.

Y, despidiéndose, se hizo conducir a tierra.

De regreso a su cuartel general, Ruffo mandó llamar, por lo que después supimos, al ministro Michereux, al comandante Baillie y al capitán Footh; pero, respecto a este último, Nelson había procurado alejarle, enviándole a Prócida.

Este Consejo, reunido por el cardenal, resolvió mantener firme la capitulación y hasta se llegó al acuerdo de salvar por todos los medios posibles a los rebeldes, si Nelson se obstinaba en quebrantar las bases del pacto.

Una buena parte del día 24 se empleó en idas y venidas, del cuartel general al *Foudroyant* y del *Foudroyant* al cuartel general, sin adelantar un solo paso.

En la mañana del 25 de junio Nelson redactó la siguiente declaración dirigida a los jacobinos de los castillos Nuevo y del Huevo.

«El contralmirante lord Nelson, al mando de la flota de Su Majestad Británica surta en la bahía de Nápoles, previene a los súbditos rebeldes de Su Majestad Siciliana encerrados en los castillos Nuevo y del Huevo, que les

prohíbe abandonar esta plaza y embarcarse. Deben rendirse a discreción a la autoridad de Su Majestad Siciliana.»

Para hacer esta proclama, se acercó una lancha al castillo del Huevo, y fué leída en voz alta; pero el comandante del castillo se encaramó a la muralla y gritó al heraldo:

—¡Fuera de aquí! ¡pronto, pronto, o hago fuego! Existe un tratado, y lo haremos respetar.

A esta intimación de Nelson a los republicanos, el cardenal Ruffo creyó deber suyo tomar una actitud resuelta. Escribió este billete al almirante:

«Si lord Nelson no quiere reconocer la capitulación de los castillos de Nápoles, en la que ha intervenido, entre otros, un oficial inglés representante de la Gran Bretaña, el cardenal declina toda la responsabilidad en él, y se verá obligado a dejar al enemigo en la situación que ocupaba antes de firmarse el tratado, es decir, que las tropas de Su Eminencia abandonarán las actuales posiciones e irán a establecerse en un campo atrincherado, dejando a los ingleses combatir a los republicanos con sus propias fuerzas.»

Después de haber leído el precedente escrito, que tan claramente planteaba la cuestión, Nelson se retiró a su camarote con sir Guillermo, de donde volvió a salir llevando la siguiente nota en la mano. El mensajero del cardenal recibió al mismo tiempo el original en inglés y la traducción hecha por sir Guillermo:

«El contralmirante lord Nelson, que a su llegada a la bahía de Nápoles, el día 24 de junio, fué notificado de haberse firmado un tratado con los rebeldes, entiende que ese tratado no puede ser válido sin la aprobación de Su Majestad Siciliana.»

El cardenal replicó que, si al día siguiente, los patriotas o los rebeldes, como Nelson tuviese a bien denominarlos, no recibían autorización para embarcarse, cumpliría la amenaza que ha-

bía hecho, y se retiraría con todo su ejército.

Esta amenaza era seria; Ruffo, ofendido por la negativa de Nelson, era capaz de cumplirla. Nelson, careciendo de tropas de desembarco, se veía en la necesidad de bombardear a Nápoles.

En consecuencia, sir Guillermo respondió:

«Eminencia: milord Nelson me ruega asegure a Vuestra Eminencia que está resuelto a no hacer nada que pueda quebrantar el armisticio que Vuestra Eminencia ha celebrado con los castillos de Nápoles.

»Tengo el honor de ser, etc.

»G. HAMILTON.»

Estas líneas fueron llevadas a Ruffo por los capitanes Troubridge y Ball. Como la respuesta de sir Guillermo Hamilton no decía nada concreto, el cardenal interrogó a los dos oficiales, quienes dijeron que el almirante no se oponía al embarco de los republicanos. Entonces, el cardenal les preguntó si estaban autorizados a declarar por escrito la promesa de que Nelson no se oponía al embarco de los republicanos.

Ambos oficiales se consultaron, y a los pocos instantes dijeron que no tenían ningún inconveniente en hacerlo.

Troubridge cogió un papel y escribió:

I capitani Troubridge e Ball hanno per la parte di milord Nelson di dichiarar alla Sua Eminenza che milord non si oppossa all'imbarco dei ribelli della gente che compone la guarnigione dei castelli Nuovo e dell'Oro.

Escrita esta declaración, la entregaron al cardenal.

—Ahora, señores—dijo éste,—tengan la bondad de firmar.

—Perdón, Eminencia—respondió Troubridge,—nosotros estamos facultados para los asuntos de la milicia, pero nuestros poderes no se extienden a las cuestiones diplomáticas. Sin embargo, como la nota, aunque no firmada, es de nuestro puño y letra, invitamos a

usted a que la considere como un documento fehaciente.

Ruffo no insistió, sea por la satisfacción de haber dado tan brillante solución al asunto, sea por temor de mortificar a los dos oficiales.

Troubridge y Ball regresaron a bordo, contaron lo que habían hecho y merecieron el beneplácito de Nelson y sir Guillermo.

LXXXIX

Lord Nelson tenía recibidas, respecto al almirante Caracciolo, órdenes reservadas del Rey y de la Reina, y se había comprometido a cogerle vivo o muerto; por lo que hizo tomar informes en la ciudad, donde le dijeron que Caracciolo se había puesto en salvo durante la noche del 23 al 24 y que debía haber pasado ya la frontera.

Esta noticia trastornó a Nelson, y su furor se desahogaba en imprecaciones que ni aun mi presencia podía contener, cuando sobre las once y media de la noche oímos el grito del centinela, dado a la vista de una lancha que se acercaba al navío.

Nelson, como si hubiese adivinado la importancia de la noticia que aquella barca le traía, puso encima de la mesa la taza de té que llevaba a sus labios y salió del camarote.

El oficial de guardia le dijo:

—Un campesino solicita hablar reservadamente con milord.

—¿Un campesino? ¿Qué me quiere?

—He creído comprender, en su lenguaje provincial, que se trataba de Caracciolo.

—¿De Caracciolo? ¡Diablo! Veamos qué es ello. Haga usted venir a ese campesino, señor.

Este campesino era simplemente un colono de Francisco Caracciolo, en cu-

yo domicilio se había refugiado el desgraciado almirante.

Venía a vender a su amo, pero quería ser bien pagado.

Se le prometieron cuatro mil ducados, de los que le fueron entregados mil a cuenta.

El hombre reclamaba el mayor secreto, sobre todo cerca del cardenal que pretendía haber favorecido la fuga de Caracciolo.

Se convino que el cardenal ignoraría completamente todo lo que ocurría sobre este particular.

El campesino pidió cuatro hombres para ayudarle en su empresa.

Aquí empezaba la dificultad.

Nelson le hubiese dado de buena gana cuatro marineros ingleses; pero cuatro marineros ingleses, por bien disfrazados que estuviesen, habrían despertado sospechas por la circunstancia de no hablar la lengua del país.

Nelson preguntó al traidor si no le era posible encontrar cuatro hombres en quien fiar; el interpelado respondió que los encontraría, y que con dinero conseguiría cuanto se quisiese, pero que habría que dar cincuenta ducados, por lo menos, a cada hombre.

Eran doscientos ducados más que se arriesgaban. Nelson accedió a pagar los doscientos ducados.

En cambio, el colono daba su nombre y su dirección: se llamaba Luis Martino, y vivía en el pequeño pueblo de Calvezzano.

Se acordó que al otro día por la noche una lancha inglesa esperaría en el Granatello, y que, una vez preso el almirante, sería embarcado y conducido directamente al *Foudroyant*.

Era una gran noticia, que hasta parecía inverosímil. Tanto es así, que sir Guillermo no le dedicó más que un párrafo accesorio de la carta que el 27 por la mañana escribió al general Acton.

He aquí esta carta: ella dará una idea exacta del estado en que se encontraba Nelson:

«Su Excelencia habrá visto, por mi última carta, que el cardenal y lord Nelson no estaban en ningún modo de

acuerdo; por lo que, después de haber reflexionado, lord Nelson me ha autorizado para escribir a Su Eminencia que no se opondría al embarco de los rebeldes, y que el cardenal estaba dispuesto a facilitarle, a auxiliarle con la flota de su mando. Este pequeño ardid de guerra ha producido el mejor efecto. La sola idea de que Nelson rompiera el armisticio tenía a Nápoles completamente trastornada; hoy, todo está tranquilo, y el buen cardenal ha hecho cantar un *Te Deum* en acción de gracias al Señor por la felicidad de *sus queridos patriotas*. Ha decidido, con Ball y Troubridge, que los rebeldes de los castillos Nuevo y del Huevo fuesen embarcados esta noche, y que quinientos marineros ingleses saltasen a tierra para guarnecer ambos castillos, en los que, a Dios gracias, flota el estandarte de Su Majestad Siciliana.

«Estábamos en el bote de lord Nelson cuando los marineros han desembarcado. La alegría del pueblo era inmensa; los colores ingleses y napolitanos flotaban en todas las ventanas, y cuando tomamos posesión de los castillos, se levantó en toda la ciudad un gran clamoreo de júbilo. En fin, tengo la esperanza de que la llegada de Nelson aquí será en provecho de la gloria y de los intereses de Sus Majestades Sicilianas. Ha sido necesario que yo interviniese entre milord Nelson y el cardenal, de lo contrario, todo se habría perdido desde un principio. El árbol de la abominación que se había plantado frente al palacio ha sido derribado, y el gorro frigio arrancado de la cabeza del Gigante. El capitán Troubridge ha ido a presidir el embarque y los rebeldes que están a bordo de los jabeques no se moverán sin una orden de lord Nelson; porque se ha dicho claramente que lord Nelson *no se opondría a su embarque*, pero no se ha dicho qué se haría de ellos, una vez embarcados.

«GUILLERMO HAMILTON.»

Efectivamente, en la noche del 27, conforme decía sir Guillermo, todos los rebeldes, creyendo que se embarcaban

para Tolón, acudieron al embarcadero llenos de confianza; pero, apenas se encontraban dentro de los jabeques, notaban que iban bajo la vigilancia de un buque inglés, cuyos fuegos habrían podido echarlos a pique en el espacio de algunos segundos.

El 29, al amanecer, me despertó un gran ruido que en el barco se levantaba. Me puse una bata y subí a cubierta.

Todas las miradas estaban fijas en una barca distante de nosotros una milla aproximadamente, pero en la que podía distinguirse, al lado de un hombre agarrado, al campesino que el día antes vino a proponer la entrega de Caracciolo.

La duda no cabía: el hombre cumplía su promesa, la promesa de entregar a su amo, y, cumpliéndola, venía a cobrar el importe de la venta.

Nelson y sir Guillermo no habían en sí de gozo, y yo, que sólo veía con los ojos de mi amiga y de mi amante, después de lo que había oído decir del almirante, a quien tenía por traidor y gran culpable, yo también me regocijaba con ellos.

Y sin embargo, mi corazón se acongojó a la vista de aquel hombre que siempre que le oí hablar a la Reina, se había mostrado como valiente marino y hombre de honor. Dejé a sir Guillermo y a lord Nelson gozar de su triunfo, y, creyendo que una mujer no debía compartir con ellos la alegría que los embargaba, me retiré a mi alojamiento cuya puerta cerré. Conocía las disposiciones de Nelson respecto a su colega; había leído la carta de mi marido al general Acton, y no se me ocultaba la suerte que le estaba reservada al prisionero.

Una carta de sir Guillermo al general Acton explica el estado de ánimo en que se encontraba Caracciolo cuando fué transportado de la lancha al *Foudroyant*. Voy a extractar de esa carta los puntos que se refieren al almirante napolitano.

«... Acabamos de ver a Caracciolo, pálido, medio muerto, conducido a bordo de este buque donde se ha

encontrado con el hijo de Cassano, don Julio, el cura Pacífico y otros infames traidores. Supongo que pronto se hará justicia a los más culpables. Sería, en verdad, cosa de conmover, si no conociese yo su ingratitud. Por eso me he sentido menos impresionado que los otros presentes al espectáculo. Creo que es una gran suerte tener a bordo de nuestros barcos a los principales culpables, sobre todo cuando se prepara el ataque a San Telmo: así podremos cortar una cabeza por cada bala de cañón que los franceses nos envíen.»

Dos razones me impulsan a ofrecer al lector este fragmento de carta: la primera, por dar los detalles que se acaban de leer sobre el traslado del infortunado almirante napolitano a bordo del barco inglés; la segunda, porque ella muestra el grado de exaltación a que habían llegado los espíritus más benévolos y apacibles, caldeados por las pasiones de la guerra civil. Ciertamente, sir Guillermo, hombre de espíritu benévolo y cultivado, sabio consagrado al culto de la antigüedad, amante de la belleza como un escultor griego, debía, al escribir esta carta, sentir el influjo de un tropel de ideas perturbadoras... La desgracia de los que toman parte activa en los fervidos movimientos revolucionarios, en las enconadas luchas de partido, consiste en que son juzgados por hombres que viven en tiempos ordinarios, en épocas de sosiego. Ese fatal día 29 de junio de 1799 ha dejado una mancha de sangre sobre nuestros nombres; y, sin embargo, Nelson y sir Guillermo creían cumplir un deber, y yo, débil personalmente y considerando el crimen con el mismo criterio de la Reina, no hice, para salvar al ilustre criminal lo que, seguramente, en otra circunstancia, me habría dictado mi corazón.

Perdónese me esta digresión. La muerte del almirante, que probablemente no habrían impedido mis súplicas, ha quedado como la sangrienta herida de mi vida. Hasta entonces, el mundo me despreciaba, quizás injustamente; desde aquel día, me aborrece con razón.

No por eso dejaré de narrar los detalles de aquel terrible día, a pesar de que, narrándolos, se siente desgarrada mi alma.

Apenas Caracciolo pisó la cubierta del *Foudroyant*, se dió orden de iniciar su proceso.

Nelson desplegaba en ese terrible asunto una actividad febril y colérica que no se concibe, ni siquiera por el desprecio que hacia la vida ajena sienten aquellos que exponen la suya propia a diario, a cada instante.

Se ha pronunciado la palabra envidia; se ha preguntado si Nelson veía en Caracciolo un rival de gloria.

La acusación es absurda; ni aun en la marina francesa Nelson tenía rival en aquella época. La batalla de Aboukir le había colocado a la cabeza de todos los marinos del siglo XVIII; ningún hombre, desde la invención de la pólvora, había alcanzado una victoria igual a la de Aboukir.

Por lo tanto, ¿qué era Caracciolo al lado del héroe de Tolón, de Calvi, de Tenerife y Aboukir? Muy poca cosa como marino.

¿Estaba Nelson celoso de la superioridad que Caracciolo le llevaba desde el punto de vista del nacimiento? No es probable. Como todos los hombres superiores que de una cuna modesta se elevan a una alta posición, Nelson estaba orgulloso de su origen. No eran sus antepasados los que habían ilustrado su nombre, sino él quien ilustraba el nombre de sus abuelos.

Creo que emitiré una opinión más justa de Nelson juzgándole por mí misma.

Nelson, lo mismo que yo, había nacido en una condición inferior; se encumbró por obra de su valor, como yo me había encumbrado por obra de mi belleza, y súbitamente, después de la batalla de Aboukir, como yo después de mi matrimonio con sir Guillermo, y se encontró en contacto con los grandes de la tierra. El efecto fué el mismo en la mujer y en el héroe, aunque los medios habían sido diferentes. Asombrado de su triunfo, deslumbrado por los rayos de su nueva fortuna, embriagado por las alabanzas y por los honores

que recibía de todos los reyes, por los halagos y adulaciones con que le trataban el rey Fernando y la reina Carolina, Nelson no vió más derechos que los de la realeza, y patrocinó con entusiasmo la causa de los reyes contra los pueblos; quien se atrevía a discutir esos derechos era un rebelde a sus ojos; quien se atreviese a combatirlos, le parecía culpable merecedor de la muerte. Nelson creyó haber recibido, cual el arcángel Miguel, la espada flamígera de manos de Dios, y, cual el arcángel Miguel, hirió sin piedad con esa espada a Satanás y a los ángeles rebeldes. En la ejecución terrible de Caracciolo, en la no menos terrible de los republicanos de Nápoles, no titubeó un instante y, una vez cumplida la sentencia, no solamente no sintió remordimiento, sino que hasta se asombraba de que alguien aceptase que podía sentirlos.

El Rey y la Reina le encargaron la captura de Caracciolo, muerto o vivo, y que, en el primer caso, no haya gracia para el prisionero; eso le bastó. En virtud de ese encargo, se le confieren poderes judiciales, y, en caso necesario, también atribuciones de verdugo.

En el asunto de Caracciolo no fui consultada. He dicho que me había encerrado en mi camarote para evitar todo encuentro con el infortunado almirante. Nelson y sir Guillermo sabían que si yo lo veía, si lo oía, el corazón de la mujer se iba a quebrantar, y que se verían en el caso de negarse a los requerimientos de mi piedad, cual lo hicieron algún tiempo después, cuando yo pedí a la Reina el indulto de Cirillo, y la Reina, a su vez, lo pidió en vano de rodillas a su marido.

No salí, pues, de mi camarote; pero he aquí lo que oí contar más tarde:

Al llegar a bordo, Caracciolo fué inmediatamente desatado y puesto bajo la vigilancia de dos centinelas de vista.

A mediodía, fué convocado el Consejo de guerra: componíanlo cinco oficiales de la marina napolitana, cuyos nombres nunca he sabido, y lo presidía el conde de Thurn.

El interrogatorio duró una hora. Caracciolo respondió noblemente, con dignidad, pero sin el apoyo de ningún abo-

gado y sin haber tenido tiempo de preparar su defensa, que, por lo demás, era difícil, pues había hecho armas contra su rey públicamente, a la luz del día.

Su culpabilidad fué reconocida unánimemente y se llevó a Nelson el proceso verbal, quien, con toda impasibilidad, escribió:

Al capitán conde de Thurn.

«Por orden de Nelson,

»Visto que el Consejo de guerra, compuesto de oficiales al servicio de Su Majestad Siciliana, se ha reunido para juzgar a Francisco Caracciolo por el delito de rebelión contra su soberano, y que dicho Consejo de guerra, habiendo reconocido el crimen de alta traición, ha pronunciado contra Caracciolo una sentencia de muerte:

»Por la presente comunicación se requiere a usted para que se cumpla dicha sentencia de muerte contra el nombrado Caracciolo, ordenando que se le cuelgue de la verga de mesana de la fragata *Minerva*, de la flota de Su Majestad Siciliana, cuya fragata se halla bajo mis órdenes.

»Dicha sentencia deberá ser ejecutada hoy a las cinco, y el cuerpo de Francisco Caracciolo permanecerá suspendido hasta la puesta de sol, momento en que será cortada la soga y arrojado el cuerpo al mar.

»HORACIO NELSON.»

»A bordo del *Foudroyant*, Nápoles, 29 de junio de 1799.»

Caracciolo esperaba ser condenado a muerte; pero, en su calidad de Príncipe, creía ser decapitado o fusilado.

Cuando oyó la lectura de la sentencia que le condenaba a la horca, experimentó una viva emoción y suplicó a un oficial que en su nombre fuese a pedir a Nelson *el favor* de ser fusilado y no colgado.

Nelson despidió con dureza al oficial, diciéndole que Caracciolo había sido condenado por un Consejo de guerra

compuesto de oficiales de su país, y que él no podía intervenir para nada en el juicio.

Caracciolo insistió; el oficial volvió una segunda vez, y yo oí a Nelson que le gritaba ásperamente:

—¡Ocupese usted en sus asuntos, caballero, y no se cuide de lo que no le incumbe!

El oficial se retiró.

Se me dijo que, entonces, Caracciolo había invocado mi nombre y rogado al oficial que viniese a verme para que yo intercediese con el fin de obtener lo que él solicitaba.

Pero, sin duda, el oficial, después del sofón que de Nelson recibió, no se atrevió a venir a encontrarme. Dijo que me había buscado inútilmente. En cuanto a mí, lo que puedo asegurar ante Dios, es que nadie me habló en favor de Caracciolo, ni para obtener que se le perdonase la vida, ni para conseguir un cambio en el modo de ejecución.

A las tres, sin que yo supiese nada de lo que ocurría, Caracciolo fué trasladado a la *Minerva*, donde debía cumplirse la sentencia.

Momentos después, sir Guillermo vino a decirme que Caracciolo ya no estaba a bordo del *Foudroyant*. Aproveché esta circunstancia para subir a cubierta, que bien lo necesitaba, pues desde las siete de la mañana no había salido de mi camarote.

El tiempo estaba encapotado y triste, a pesar de encontrarnos a 29 de junio. Además, el espectáculo que se ofrecía a mis ojos guardaba relación con el tiempo: aquellos jabeques abarrotados de prisioneros, entristecían profundamente el ánimo. Parecía que entre aquellos desgraciados existía una profunda agitación, y entonces supe, por el caballero Micheroux, que vino a bordo, que, después de haberles permitido embarcarse, después de haber puesto guarniciones en los castillos, después, en fin, de haber aprovechado los beneficios de la capitulación, lord Nelson los retenía prisioneros.

He dicho que lo supe por el caballero Micheroux, y véase cómo:

El caballero Micheroux, el cardenal

Ruffo y el comandante Baillie habían recibido los tres la siguiente reclamación procedente de los prisioneros:

«Todos los individuos de la guarnición de los castillos embarcados en los jabeques que debían hacer rumbo a Tolón, se encuentran profundamente consternados. Esperaban de buena fe el efecto de la capitulación, aunque, desde la evacuación precipitada de los castillos, no hayan sido rigurosamente observados los capítulos pactados. Ahora bien: hace dos días que el tiempo es favorable y, sin embargo, continuamos estacionados sin ver que se haga ningún preparativo de marcha. Es más: ayer, a las siete de la tarde, hemos visto con el mayor dolor, arrancar de nuestro lado al general Mathonet junto con estos otros compañeros: Massa, Basset; Hércules Agnese, presidente de la comisión ejecutiva; Domingo Cirillo, presidente de la comisión legislativa; Manuel Borga, Piatí, y algunos más. Todos ellos han sido conducidos al buque almirante inglés, de donde no han regresado aún.

«La guarnición entera espera de su lealtad el esclarecimiento de este hecho y el cumplimiento de la capitulación.

»ALBANESE.

»Rada de Nápoles, 29 de junio 1799.

Nelson tomó la nota, la leyó tranquilamente y, señalando al caballero Micheroux un cuerpo que elevaban con la ayuda de una polea y que se agitaba atado al extremo de una cuerda en la entena de mesana de la *Minerva*:

—He aquí mi respuesta a los rebeldes—dijo.—Puede usted llevarla a ellos y al cardenal Ruffo.

Micheroux miraba con asombro aquel espectáculo que parecía no comprender.

—Pero—dijo,—¿quién es ese hombre y qué le hacen?

—Ese hombre—repuso Nelson,—es el traidor Caracciolo, y lo están colgando por orden mía. Y así se hará con todos los rebeldes que hayan hecho armas contra Su Majestad.

Lancé un grito; también yo lo había visto todo sin sospechar lo que veía.

El caballero Micheroux, consternado con la respuesta del almirante, bajó de nuevo a la lancha que lo había traído y, apoyada la cabeza entre ambas manos, regresó a tierra.

El mismo día, el cardenal Ruffo, viendo que no había podido salvar a Caracciolo ni obtener el cumplimiento del tratado, envió su dimisión a Palermo.

XC

El 2 de julio el Rey recibió en Palermo carta de Nelson y de sir Guillermo anunciándole la ejecución de Caracciolo y suplicándole que viniese a Nápoles inmediatamente.

El día 3 salió con dirección a la bahía de Nápoles a bordo de la fragata napolitana *Sirena*, que prefirió al navío *Sea Horse* que le había enviado Nelson. Sin duda, temía divorciarse completamente de la marina, ya resentida de la preferencia que Fernando había concedido a Nelson sobre Caracciolo, y últimamente acogojada por el proceso y muerte del almirante.

Esta segunda travesía fué tan excelente como accidentada había sido la primera.

El día 6 Nelson recibió aviso de que el Rey llegaría probablemente el 7 u 8.

Nelson resolvió estrechar el cerco del castillo de San Telmo, a fin de que el Rey pudiese ver, a su llegada, su bandera flotando en todas las fortalezas.

El castillo podía ser tomado sin dificultad, dadas las disposiciones de su comandante, el coronel Mejean.

El mismo día que empezaron los preparativos de ataque, el jefe del castillo, suponiendo que el cardenal continuaba siendo aliado de los ingleses, le había enviado un mensajero para

decirle que la guarnición francesa estaba dispuesta a capitular, antes que el castillo fuese atacado rápida y vigorosamente, bajo la condición de que se le entregara un millón. Tales proposiciones iban acompañadas de la amenaza de bombardear a Nápoles, si dentro de cuarenta y ocho horas no se le enviaba el millón.

El cardenal mandó responder al coronel que, entre gente arrojada, se hacía con hierro y no con oro; que en todos los países civilizados, las leyes de la guerra prohibían disparar sobre las casas situadas fuera del radio de ataque; que las baterías que debían cañonear a San Telmo se emplazarían probablemente en el lado opuesto de la plaza, y que, por consiguiente, no iban a dirigir sus fuegos contra la ciudad, sino contra las baterías del castillo; además, el cardenal decía que, si el castillo disparaba un solo proyectil sobre un punto indefenso, el coronel Mejean respondería con su cabeza del daño que sobreviniese.

El primero de julio Troubridge desembarcó con mil quinientos ingleses, se reunió a quinientos rusos, y empezó inmediatamente los preparativos del sitio.

En la noche del 8 al 9 el Rey llegó a Prócida; venía acompañado del general Actón y del príncipe de Castellicala. El día 10 vino a bordo del *Foudroyant*, donde su presencia fué saludada con treinta y un cañonazos.

La noticia de que el Rey estaba en Prócida había cundido por Nápoles; las salvas disparadas por el *Foudroyant* y el pabellón real izado en el palo mayor anunciaron su presencia a bordo del buque almirante.

Al punto la población entera acudió a Santa Lucía, al muelle y a la Marinella, y un gran número de pequeñas embarcaciones salieron del puerto con músicas y banderas, con dirección a la escuadra inglesa para dar la bienvenida al Rey.

Apenas hubo Fernando llegado al buque almirante pidió un antejo, subió a la crujía y encaró el antejo al castillo de San Telmo. En aquel instante, la casualidad hizo que un proyectil ruso

cortase el palo de la bandera francesa, derribándola. El Rey, supersticioso como siempre, exclamó:

—¡Buen presagio, querido Nelson, buen presagio!

Y, en efecto, como quiera que el coronel Mejean se había puesto de acuerdo con Troubridge para dar una sorpresa al Rey, la bandera que reemplazó a la tricolor fué la bandera blanca, por otro nombre, parlamentaria.

A su vista, la multitud rompió en aplausos, y los cañones de toda la flota respondieron a los del *Foudroyant*.

No bien el cardenal Ruffo comprendió por estas salvas que el Rey se hallaba en la rada, se trasladó a bordo del buque de Nelson, al que no había vuelto desde el día de la ruptura del tratado. Al verle pasar, los prisioneros de los jabeques, que, al fin, habían comprendido que tenían en él un defensor, recobraron alguna esperanza, porque pensaron que venía a abogar por su causa, a interceder por ellos.

Y así era efectivamente, porque el cardenal planteó en el acto el asunto de los tratados y manifestó sin ambages que su ruptura sería un escándalo que repercutiría en todas las cortes de Europa. El Rey respondió que antes de resolver quería oír a Nelson y a sir Guillermo.

Los mandó llamar, y se reanudó la discusión. Sir Guillermo sostenía la teoría diplomática de que los soberanos no pueden transigir con los súbditos rebeldes, en virtud de lo cual los tratados, según él, debían ser rasgados; Nelson manifestaba un odio implacable a los revolucionarios franceses, y decía que era necesario extirpar la raíz del mal, a fin de evitar nuevos infortunios. En cuanto al cardenal, mantuvo con entereza el principio de que había de respetarse la capitulación. Pero su opinión no prevaleció contra los argumentos de Nelson y sir Guillermo, que, en el fondo, concataban con los deseos del Rey.

Los prisioneros fueron retenidos y, viendo partir al cardenal cejijunto y cabizbajo, comprendieron que, para ellos, todo había concluido.

De vuelta a su cuartel general, Ruf-

fo envió por segunda vez su dimisión.

El mismo día, los prisioneros que estaban a bordo del *Foudroyant* y en los jabeques fueron conducidos a tierra y, atados de dos en dos, trasladados a las prisiones de la Vicaría; después, dado que este castillo no podía contener un número tan crecido de presos (según una carta del Rey, se elevaban a ocho mil), parte de ellos pasaron a los Granili, convertidos en calabozos por fuerza de las circunstancias.

A la vista de tal espectáculo, los *lazzaroni* consideraron con fundamento que tenían el campo libre. Los días 8 y 9 de julio se señalaron por actos de ferocidad que venían a contarnos como la cosa más natural y eran aplaudidos por Nelson y sir Guillermo y hasta por el Rey.

De un modo especial, se decían horrores de un arcipreste llamado Rinaldi, el cual, jactándose de lo que había hecho durante aquellas dos jornadas, elevó una petición al Rey solicitando el mando de la ciudad de Capua, y apoyando su petición en méritos de las siguientes hazañas por él realizadas: haber comido un brazo de jacobino asado a fuego lento, despanzurrado a otros dos terroristas y descuartizado a cinco o seis más.

El Rey le concedió una gratificación en dinero, y una recompensa honorífica, no sé cuál. De mí, puedo decir que me parecía estar soñando y bajo la influencia de una pesadilla sangrienta.

Tan luego como se rindió el castillo de San Telmo, la junta nombrada por el cardenal fué disuelta, por haberse mostrado demasiado benévola: Antonio della Rocca y Angelo di Fiore, los dos miembros más vehementes de dicha junta, fueron los únicos que continuaron en sus puestos.

La nueva Junta, nombrada a bordo del *Foudroyant*, fué encargada de juzgar y castigar a los culpables que el Rey personalmente clasificó en categorías. La lista era extensa, tanto, que hasta se llegó a pensar que el verdugo, que percibía diez ducados por ejecución, se enriquecería demasiado pronto con semejante retribución, y que el procurador fiscal, barón don Giuseppe

Guidobaldi, le llamase y obligase a aceptar cien ducados mensuales, en vez de diez ducados por ejecución.

Quédame por contar una cosa terrible, increíble, casi sobrenatural, y cuyo recuerdo me estremece hoy día, catorce años después de haber ocurrido.

Hacia una semana que el Rey estaba a bordo del *Foudroyant*, sin haber querido bajar a tierra ni una sola vez, y sin recibir otras visitas que no fuesen los instrumentos de sus venganzas, cuando una mañana, un marinero que había pasado la noche en el golfo, ocupado en pescar, vino a los costados del barco almirante, y, mientras vendía su pescado, dijo a los oficiales que había visto al almirante Caracciolo salir del fondo del mar y dirigirse a Nápoles flotando entre dos aguas. Los oficiales llevaron el caso a noticia de Nelson, el cual quiso interrogar directamente al marinero, que repitió textualmente lo que había dicho la primera vez, y juró por la Madona que decía la pura verdad. Existe constantemente entre los marinos, por grande que sea su valor moral, cierta dosis de superstición, y, aunque Nelson no creyó una palabra de lo que contaba el pescador, quiso averiguar la causa que pudo originar su relato. El día era hermoso; Nelson propuso al Rey dar un paseo por el golfo. El Rey, que no tenía muchas distracciones a bordo, aceptó la proposición, y Nelson ordenó que el *Foudroyant* se dirigiese al punto indicado por el barquero; pero, no había recorrido media milla, cuando los oficiales de guardia vieron un cuerpo que saliendo de repente a flor de agua, parecía que venía al encuentro del buque almirante. Llamaron al capitán Hardy, quien reconoció que aquel cuerpo era el cadáver de Caracciolo.

Nelson, sir Guillermo Hamilton y yo estábamos a popa. El capitán Hardy se acercó a Nelson, le habló al oído, y ambos se dirigieron a la proa, donde milord reconoció, por su parte, a Caracciolo.

Nelson dió acto continuo orden de ponerse al paio.

Tratábase de comunicar al Rey esta

singular noticia; sir Guillermo se encargó de ello.

El Rey se resistía a darle crédito; sin embargo, palideció intensamente y se trasladó a la proa del navío.

Quise levantarme como los demás, pero no pude; mis piernas se negaban a sostenerme. Apoyé mi cabeza entre ambas manos, y cerré los ojos para no ver nada de lo que pasaba.

Al ver la extraña aparición, Fernando retrocedió algunos pasos.

—¿Qué significa eso?—preguntó a mi marido.

—Señor, es Caracciolo que, después de haber permanecido diez y nueve días bajo el agua, sube ahora a la superficie para pedir perdón a Su Majestad del crimen que cometió contra su Rey.

Pero el capellán, que estaba presente, aventuró estas palabras:

—Acaso demande una sepultura cristiana.

—¡Que se la den!—exclamó el Rey, encaminándose rápidamente hacia el camarote de Nelson.

En consecuencia, Nelson ordenó sacar el cadáver del agua, colocarlo en una lancha y transportarlo a la pequeña iglesia de Santa Lucía, que había sido la parroquia del difunto.

Cuando iba a ejecutarse esa orden, me retiré a mi camarote.

Por mucha que fuese la repugnancia que me inspiraba semejante espectáculo, no pude abstraerme a la tentación de dirigir una mirada de soslayo al miserable cadáver, y vi aquellos cabellos en desorden, aquella barba erizada con que Caracciolo me había aparecido cuando le transportaron maniatado a bordo del *Foudroyant*; solamente que ahora, el color de su rostro era verde, y me pareció que le faltaban los ojos. Seguramente habían sido comidos por los cangrejos.

Comprendí el terror que esta visión hubo de haber infundido al rey Fernando, que había decretado aquella muerte, puesto que yo, que sólo era culpable de haberla dejado cumplir, creí volverme loca.

Supé después por sir Guillermo que